

apaga para él en el exterior, y la luz moral se extingue también en el interior; en medio de estas sombras, el hombre encuentra la debilidad de la mujer y la de los niños, y las hace doblegar violentamente á las mayores ignominias.

En tal situación, todos los horrores son posibles. La desesperación está rodeada de frágiles tabiques que comunican todos con el vicio ó con el crimen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y austeras delicadezas de la carne aún nueva, el corazón, la virginidad, el pudor, esa epidermis del alma, todas estas cosas, deciuos, se hallan siniestramente maltratadas por ese titubeo que busca recursos, que sólo encuentra el oprobio, y que se acomoda con él. Padres, madres, hijos, hermanos, hermanas, hombres, mujeres, hijas, se adhieren y se agregan, casi como una formación mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias, de inocencias. Se acurrucan, respaldándose unos en otros, en una especie de destino-tugurio. Se miran recíprocamente de un modo lamentable. ¡ Ah! los desgraciados! ¡ qué pálidos están! ¡ qué frío tienen! Diríase que se hallan en un planeta mucho más lejos del sol que nosotros.

Aquella joven fué para Marius una especie de enviada de las tinieblas.

Ella le reveló toda una horrible fase de la noche.

Casi se reprendió Marius las preocupaciones de ensueño y de pasión que le habían impedido hasta este día dirigir una mirada hácia sus vecinos. Haber pagado su alquiler, era un movimiento maquinal; cualquiera otra persona, — decía él entre sí, — habría tenido este movimiento; pero él, Marius, debía haber hecho más que esto. ¡ Cómo! sólo una pared le separaba de aquellos seres abandonados, que vivían á tientas en la oscuridad de la noche, fuera del resto de los vivientes, se codeaba con ellos en

V

EL JUDAS DE LA PROVIDENCIA

Cinco años hacía que Marius había vivido en la pobreza, en la desnudez, en los más grandes apuros sin duda; pero hasta este momento no se persuadió de que no había conocido él la verdadera miseria. La verdadera miseria, era la que acababa él de ver en aquel instante. Era aquella larva que acababa de pasar ante sus ojos. Y es que, en efecto, el que no ha visto sino la miseria del hombre no ha visto nada, es preciso que vea la miseria de la mujer; el que no ha visto sino la miseria de la mujer no ha visto nada aún, es menester que vea la miseria de la infancia.

Cuando el hombre ha llegado á las últimas extremidades, llega al mismo tiempo á los últimos recursos. ¡ Desgraciados los seres sin defensa que le rodean! El trabajo, el salario, el pan, la lumbre, el valor, la buena voluntad, todo le falta á la vez. La claridad del día parece que se

aquellos corredores y en la escalera, era él en cierto modo el último eslabon del género humano que ellos tocaban, los oía vivir, ó más bien, oía su lamentable estertor allí al lado de su morada y de su propio lecho, y no había prestado la menor atención á aquellas criaturas, víctimas de la miseria y del sufrimiento! todos los días, á cada instante, al través del tabique, los oía andar, ir, venir, hablar, y ni siquiera aplicaba su oído! Y en aquellas palabras había gemidos, y él no los escuchaba, distraída su mente en otra parte, en desvarios y ensueños, en esplendores imposibles, en amores en el aire, en locuras; y entre tanto, unas criaturas humanas, sus hermanos en Jesucristo, sus hermanos en el pueblo, agonizaban junto á él! ¡agonizaban inútilmente! aún formaba él parte de su desgracia, y la agravaba. Pues si ellos hubieran tenido otro vecino, en vez de él, un vecino ménos quimérico y más atento, un hombre ordinario y caritativo, es evidente que habría notado su extrema indigencia; sus signos de desamparo y de angustia habrían sido observados, ¡y tal vez habrían sido recogidos y salvados mucho tiempo há! Sin duda que ellos parecían muy depravados, muy corrompidos, muy envilecidos, y aún muy odiosos; pero son raros los que han descendido á ese extremo sin degradarse; además, hay un punto en que los infortunados y los infames se mezclan entre sí y se confunden en una sola palabra, palabra fatal, los miserables; ¿pero quién tiene la culpa? ¿Y sobre todo, cuando la caída es más profunda, no debe ser la caridad más grande?

Mientras que así se dirigía él mismo esta plática moral y doctrinal, pues había ocasiones en que Marius, como todos los corazones verdaderamente honrados, era para sí su propio pedagogo y se reprendía más aún de lo que merecía, consideraba la pared que le separaba de los Jondrette, como si hubiera él podido hacer que penetrase

aquel tabique su mirada llena de piedad, para que fuera á consolar y aliviar á aquellos desventurados. La pared era una débil lámina de yeso sostenida con listones y maderos, y que, como acabamos de decirlo, dejaba perfectamente distinguir el ruido de las voces y aún de la conversacion. Era menester ser el soñador Marius para no haber notado nada aún. Ni siquiera estaba recubierto de papel aquel frágil tabique. lo mismo por el lado de los Jondrette que por el lado de Marius; dejando ver al desnudo su grosera construcción. Casi sin tener conciencia ninguna de lo que hacía ni de lo que le pasaba, se puso Marius á examinar aquel tabique; á veces sucede que el delirio examina, observa y escudriña como lo haría el pensamiento. De repente, se levantó; acababa de notar hácia lo alto de la pared, muy cerca del techo, un agujero triangular formado por tres listones que dejaban entre sí un vacío. El yeso que había debido tapar aquel vacío había caído ó le habían quitado, y subiendo sobre la cómoda, se podía mirar por aquella abertura al chiribitil ocupado por los Jondrette. También la conmiseracion tiene y debe tener su curiosidad. Este agujero formaba una especie de jéudas. Es cosa permitida mirar traidoramente al infortunio, para socorrerle. — Veamos un momento lo que son estas gentes, dijo Marius para sí, y cómo se encuentran.

Subió sobre la cómoda, acercó su pupila á la rendija, y se puso á mirar.

EL HOMBRE FIERA EN SU CUEVA

Como los bosques y las selvas, también las ciudades tienen sus antros donde se oculta todo lo más malo y más temible que ellas encierran. Sólo que, en las ciudades, lo que se oculta así es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo; mientras que, en los bosques, lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir, bello. Guardadas por guardadas, las de los animales son preferibles á las de los hombres. Las cavernas valen más que las zahurdas.

Lo que Marius veía era una zahurda.

Marius era pobre y su cuarto mostraba la indigencia, pero así como su pobreza era noble, su tugurio estaba limpio. El zaquizami donde penetraban sus miradas en este momento era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso, sórdido. Por todo mueblaje tenía una silla de paja, una mesa desvencijada, algunos cacharros viejos, y en dos rincones,

dos indescriptibles y asquerosos camastros; por toda claridad, un ventanillo de bohardilla, con cuatro vidrios, y cubierto de telarañas. Por esta claraboya entraba justamente la luz necesaria para que la cara de un hombre apareciese como el rostro de una fantasma. Las paredes tenían un aspecto leproso, y se hallaban cubiertas de costuras y de cicatrices como una cara desfigurada por alguna horrible enfermedad; rezumándose de ellas una humedad grasienta, y distinguiéndose á trechos varios dibujos obscenos groseramente trazados con carbon.

El cuarto que Marius habitaba tenía un pavimento de ladrillos bastante deteriorado; pero aquel otro ni estaba enladrillado, ni entarimado; andándose por él al desnudo sobre el antiguo yeso de la casucha ennegrecido con las pisadas. Sobre aquel suelo desigual, donde el polvo se hallaba como incrustado, y que no tenía sino una virginidad, la de la escoba, se agrupaban caprichosamente constelaciones de chancletas, de zapatos viejos y de inmundos harapos; por lo demás, aquel cuarto tenía una chimenea. Por eso costaba su alquiler cuarenta francos anuales. En aquella chimenea había de todo, un escalador, una marmita, unas tablas rotas, andrajos colgados de unos clavos, una jaula, ceniza, y hasta un poco de lumbre. Dos tizones humeaban allí tristemente.

Una circunstancia contribuía también á aumentar el horror de aquel desvan; es que era grande. Había allí puntos entrantes y salientes, ángulos, agujeros negros, bajos de tejado, bahías y promontorios. De aquí, horrendos ó insondables rincones, donde parecía que debían de agazaparse arañas tan gruesas como el puño, cucarachas tan grandes como el pié, y aún tal vez no se sabe qué especie de seres humanos monstruosos.

Uno de los camastros se hallaba junto á la puerta, el otro junto á la ventana. Ambos tocaban por una extre-

midad á la chimenea y hacian frente á Marius. En un rincón inmediato á la abertura por donde Marius estaba mirando, veíase colgada á la pared, en un marco de madera pintado de negro, una estampa coloreada por bajo de la cual se leía en gruesos caracteres : EL SUEÑO. Este cuadro representaba una mujer dormida y un niño dormido, el niño sobre las rodillas de la mujer, un águila en una nube llevando una corona en el pico, y la mujer apartando la corona de la cabeza del niño, pero sin despertar; en el fondo estaba Napoleon circundado de gloria, apoyándose en una columna azul turquí con capitel marillo, adornada con esta inscripcion :

MARINGO

AUSTERLITZ

WIEN

WAGRAMME

ELOT

Por bajo de este marco, hállabase en el suelo, y apoyándose en plano inclinado contra la pared, una especie de tablero, que tenía trazas de un cuadro vuelto, de algun bastidor probablemente embadurnado en el lado que dejaba oculto hácia la pared, de algun tremó desprendido de una pared y olvidado allí esperando que le vuelvan á colgar.

Junto á la mesa, sobre la cual distinguía Marius una pluma, tintero y papel, estaba sentado un hombre como de sesenta años, pequeño, delgado, livido, huraño, con trazas de sagaz, cruel é inquieto; un desharrapado asqueroso.

Lavater, si hubiera considerado aquel semblante, habría encontrado en él al buitres mezclado con el procura-

dor; el ave de rapiña y el hombre de embrolla afeándose y completándose el uno por el otro, el hombre de embrolla haciendo al ave de rapiña innoble, y el ave de rapiña haciendo horrible al hombre de embrolla.

Aquel hombre tenía una larga barba gris. Estaba vestido con una camisa de mujer que dejaba ver su pecho velludo y sus brazos desnudos y erizados de pelos grises. Bajo aquella camisa, veíase pasar un pantalon mugriento, y unas botas por cuyos agujeros le salian los dedos de los piés.

Tenía una pipa en la boca y estaba fumando. Ya no había pan en aquel zaquizami, pero aún había tabaco.

Estaba escribiendo, probablemente alguna carta por el estilo de las que había leído Marius.

En una punta de la mesa se veía un volumen viejo rojizo, descabalado, cuyo tamaño, que era el antiguo en 12.º de los gabinetes de lectura, revelaba ser una novela. En la cubierta, se ostentaba este título impreso en enormes mayúsculos : DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS, POR DUCRAY-DUMINIL, 1814.

Al mismo tiempo que escribía, el hombre hablaba en alta voz, y Marius pudo oírle estas palabras :

— ¡ Decir que no ha de haber igualdad, ni siquiera después de muertos ! ¡ Háganme ustedes el favor de ver el Père-Lachaise ! Los grandes, los que son ricos, están en lo alto, en la avenida de las acacias, que tiene hasta su pavimento. Allí pueden llegar en coche. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, ¡ qué ! los echan en lo más bajo, donde hay lodo hasta las rodillas, en los hoyos, en la humedad. ¡ Los ponen allí para que se acaben de consumir más pronto ! No se puede ir á verlos sin atascarse en la tierra, es decir, en el barro.

Al llegar aquí se detuvo, dió un fuerte puñetazo en la mesa, y añadió rechinando los dientes :

— ¡ Oh ! me comería el mundo entero !

Una mujerona, que podía tener cuarenta años ó cien años, estaba acurrucada junto á la chimenea, sobre sus talones desnudos.

Tambien ella se hallaba vestida solamente con una camisa y unas enaguas blancas de punto de média remendadas con pedazos de paño viejo. Un delantal de lienzo grueso tapaba la mitad de las enaguas. Aunque esta mujer estaba como doblada y recogida sobre sí misma, veíase bien que era de una talla bastante elevada. Al lado de su marido, era una especie de gigante. Tenía una horrenda cabellera de un rubio bermejo que empezaba á encanecer, y que de vez en cuando removía ella con sus manazas lustrosas y de uñas aplanadas.

Á su lado se hallaba en el suelo, enteramente abierto, un volúmen del mismo tamaño que el otro, y probablemente de la misma novela.

Sobre uno de los camastros, distinguía Marius una especie de jovencita, larga y descolorida, casi desnuda, sentada, con los piés colgando, y que ni daba señales de escuchar, ni de ver, ni de vivir.

Sin duda era la hermana menor de la que había venido á su cuarto.

Parecía como de once á doce años; pero examinándola con atención, se reconocía que rayaba ya bien en los catorce. Esta era la niña que decía la noche anterior en el boulevard : *¡ Yo me las guillé, me las guillé, me las guillé !*

Era una de esas criaturas enfermizas que permanecen mucho tiempo en retraso para su desarrollo, y que después crecen súbitamente y de prisa. La indigencia es la que procrea esas tristes plantas humanas. Estas criaturas no tienen infancia ni adolescencia. Á los quince años, representan doce, á los diez y seis parecen que tienen veinte.

Hoy son niñas, y mañana las encontraréis mujeres. Diríase que recorren la vida á trancadas, para acabarla así más pronto.

En este momento, aquel sér tenía el aspecto de una niña.

Por lo demás, en aquella morada no se revelaba la presencia de ningún trabajo; ni un bastidor, ni un torno, ni un útil de ningún género. Sólo había en un rincón un poco de hierro viejo de un aspecto dudoso. Era la triste pereza que se sigue á la desesperación y que precede á la agonía.

Marius consideró durante largo rato aquel interior fúnebre más espantoso que el interior de una tumba, pues aquí se sentía removerse el alma humana y palpar la vida.

El tugurio, la cueva, la honda fosa donde ciertos indigentes se arrastran en las más bajas regiones del edificio social no es enteramente el sepulcro, pero es su antecámara : y á la manera que los ricos suelen á veces ostentar sus más valiosas y espléndidas magnificencias á la entrada de sus palacios, parece que la muerte, que se halla muy cerca de aquí, coloca sus más grandes miserias en este vestíbulo.

El hombre había callado al fin, la mujer no hablaba, la jovencita no parecía respirar siquiera. Sólo se oía la pluma girar sobre el papel.

El hombre se puso á regañar, sin cesar de escribir : — ¡ Canalla ! canalla ! todo es canalla !

Esta variante á la epifonema de Salomón arrancó por fin un suspiro á la mujer.

— Cálmate, cariño mio, le dijo. No vayas á ponerte malo, querido. Demasiado bueno eres tú en escribir á toda esa gente, esposito mio.

En la miseria, los cuerpos se estrechan los unos contra los otros, como en el frío, pero los corazones se alejan.

Aquella mujer, segun todas las apariencias, habia debido amar á aquel hombre con toda la suma de amor de que ella era susceptible; pero probablemente, en los recíprocos y cotidianos reproches propios de la extrema y horrible pobreza que pesaba sobre aquel grupo, el amor conyugal se habia extinguido del todo en ella. Ya no habia en su corazon, para el marido, sino las cenizas de la afeccion. Sin embargo, las caricias del lenguaje, como de ordinario sucede, habian sobrevivido. Ella le decia *esposito*, *cariño mio*, *querido*, etc., con la boca, callándose el corazon.

El hombre habia vuelto á continuar escribiendo.

VII

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

Con el corazon oprimido iba Marius á descender ya de la especie de observatorio que él se habia improvisado, cuando cierto ruido vino á llamar su atencion, haciéndole permanecer aún en su puesto.

La puerta de aquel zaquizamí acababa de abrirse bruscamente; y la hija mayor apareció en el umbral. Traia puestos unos grandes zapatos de hombre, llenos de lodo que le habia salpicado hasta por encima de los tobillos, y venia cubierta con un manton viejo, hecho jirones, que Marius no la habia visto una hora ántes, pero que probablemente habia dejado ella á su puerta, para inspirar más compasion, volviendo á ponerse al salir. Entró, cerró la puerta, se detuvo para tomar alientos, pues venia muy sofocada, y despues exclamó con una expresion de triunfo y de gozo:

— ¡Viene!

El padre volvió la vista, la madre volvió la cabeza, la hermanita no se movió ni se alteró siquiera :

— ¿Quién? preguntó el padre.

— ¡El señor!

— ¿El filántropo?

— Sí.

— ¿De la iglesia de Saint-Jacques¹?

— Sí.

— ¿Aquel viejo?

— Sí.

— Y va venir aquí?

— Me sigue.

— ¿Estás segura?

— Estoy segura.

— ¿Pero, de véras, viene?

— Viene en un coche.

— En coche. ¡Es Rothschild!

El padre se levantó.

— ¿Cómo es que estás segura? si viene él en coche, ¿cómo sucede que llegas tú ántes que él? ¿le has dado bien las señas de nuestra habitacion siquiera? ¿le has dicho bien la última puerta, al fin del corredor, á la derecha? ¡con tal que no se equivoque! ¿conque le encontraste en la iglesia? ¿leyó él mi carta? ¿qué es lo que te dijo?

— ¡Ta, ta, tal dijo la muchacha, ¡qué de prisa vas tú, buen hombre! Hé aquí lo que ha pasado: entré en la iglesia, él se hallaba en su sitio de costumbre, le hice mi reverencia correspondiente, y le entregué la carta: la leyó, y en seguida me dijo: ¿Dónde vive usted, niña? Le dije: Señor, yo voy á conducirle á usted. Él me respondió: No, déme usted las señas de su habitacion, mi hija tiene que

¹ Santiago.

hacer varias compras, yo voy á tomar un coche, y llegaré á su casa de usted al mismo tiempo que usted llegue. Y le di las señas. Cuando le dije la casa, pareció sorprenderse, y que vacilaba un instante; pero despues añadió: No le hace, iré. Al acabarse la misa, le vi salir de la iglesia con su hija, y tambien los vi entrar en un coche. Yo le dije bien claro, la última puerta al fin del corredor, á la derecha.

— ¿Y quién te dice á ti que vendrá?

— Yo que acabo de ver el coche que llegaba á la calle del Petit-Banquier. Por eso eché á correr en seguida.

— ¿Y cómo sabes tú que es el mismo coche?

— ¡Toma! ¡porque habia reparado el número!

— ¿Qué número tiene?

— El 440.

— Está bien, eres una muchacha de talento.

La jóven miró resuelamente á su padre, y mostrándole al calzado que llevaba en sus piés, le dijo:

— Una muchacha de talento, es posible; pero lo que digo es que no me pondré ya nunca más estos zapatos, y que no los quiero ya, primero por la salud, y despues por la limpieza. Yo no conozco nada más cargante que unas suelas que van siempre riñendo con la planta del pié, y que no cesan de hacer chas, chas, chas, por todo el camino. Prefiero ir con los piés descalzos.

— Tienes razon, la contestó el padre con un tono de afabilidad que contrastaba con la rudeza de la muchacha, pero es que descalza no te dejarían entrar en las iglesias; es preciso absolutamente que los pobres tengan zapatos. No se va con los piés por el suelo á la casa de Dios, añadió él con amargura. Y despues, volviendo al asunto que le preocupaba, la dijo:

— Vamos, ¿estás tú segura, bien segura de que viene?

— Detras de mis talones, contestó la jóven.

El hombre se enderezó. Una especie de iluminación brillaba en su semblante.

— ¡ Esposa ! gritó, ya lo oyes, Va á venir el filántropo. Apaga la lumbre.

La madre, con la agilidad de un saltimbánquis, cogió un cacharro viejo que estaba sobre la chimenea y echó agua sobre los tizones.

En seguida, dirigiéndose á su hija mayor :

— ¡ Tú ! la dijo, arranca la paja á la silla !

Su hija nada comprendía.

Cogió él la silla, y de una fuerte patada, con el talon, dejóla sin asiento, haciendo pasar su pierna al traves de él.

Mientras que sacaba la pierna de entre las pajas de la silla, preguntó á su hija :

— ¿ Hace frio ?

— Muchísimo. Está nevando.

Dirigióse entónces el padre hácia la hija menor, que se hallaba siempre sobre la cama junto á la ventana, y la gritó con voz de trueno :

— ¡ Pronto ! fuera de la cama, ¡ holgazana ! ¡ nunca has de hacer tú nada ! ¡ rompe corriendo una vidriera !

La chica saltó de la cama tiritando.

— ¡ Rompe un vidrio de esos ! repitió el padre.

La niña se quedó como sobrecogida y cortada.

— ¿ No me entiendes ? añadió él á gritos, ¡ te digo que rompas una vidriera !

La muchacha, con una especie de obediencia maquinal, aterrada, se empinó sobre las puntas de sus piés, y dió una fuerte puñada en un vidrio, el cual se rompió cayendo al suelo en pedazos y formando gran ruido.

— Bien, dijo el padre.

Estaba grave y brusco. Su mirada recorría rápidamente todos los rincones y escondrijos del desvan.

Diríase que era un general que está haciendo los últimos preparativos en el momento en que va á empezar la batalla.

La madre, que no habia pronunciado todavía ni una sola palabra, se levantó y preguntó con voz lenta y sorda y cuyas palabras parecian salir coaguladas :

— ¿ Querido, qué es lo que quieres hacer ?

— Métete tú en la cama al instante, la respondió el marido.

El tono en que él lo ordenaba no admitia deliberacion. La madre obedeció y se dejó caer á plomo sobre uno de los camastros.

Á este tiempo se oyeron sollozos que partian de un rincon.

— ¿ Qué viene á ser eso ? gritó el padre.

La hija menor, sin salir de la sombra donde se habia acurrucado, enseñó su mano derecha chorreando sangre. Al romper la vidriera se habia herido ; fué á instalarse junto al camastro de su madre, y lloraba silenciosamente.

Ahora tocó el turno á la madre, la cual se incorporó en su lecho y empezó á gritar :

— ¡ Ya lo estás viendo ! ¡ mira las bestialidades que tú haces ! ¡ al romper tu vidriera, la chica se ha cortado !

— ¡ Tanto mejor ! dijo el hombre, eso estaba previsto.

— ¿ Cómo ? ¡ tanto mejor ! repuso la mujer...

— ¡ Silencio ! replicó el padre, declaro suprimida la libertad de imprenta.

En seguida, rasgando en jirones la camisa de mujer que tenia él puesta improvisó un vendaje de lienzo con el cual envolvió muy de prisa la mano ensangrentada de la muchacha.

Hecho esto, su vista se fijó con satisfacción en la camisa rasgada.

— Y la camisa también, dijo. Todo esto tiene buen aspecto.

Un cierzo helado silbaba en la vidriera rota penetrando en el aposento. La bruma de fuera también entraba, dilatándose en forma de una especie de acolchado blanquizo, vagamente esparcido por dedos invisibles. Por entre el vidrio roto se veía caer la nieve. El frío prometido en la víspera por el sol de la Candelaria había venido en efecto.

El padre paseó una mirada en torno suyo, como para asegurarse de que no había olvidado nada. Tomó una pala vieja y echó ceniza sobre los tizones mojados, de modo que quedasen completamente cubiertos.

Después, levantándose y apoyándose de espaldas contra la chimenea, dijo:

— Ahora, ya podemos recibir al filántropo.

VIII

RAYO DE LUZ EN EL TABUCO

La hija mayor se acercó y puso su mano sobre la del padre diciéndole:

— Tienta, verás qué frío tengo.

— ¡Ea! respondió el padre, yo tengo mucho más frío que tú.

La madre gritó impetuosamente:

— ¡Tú siempre lo has de tener todo mejor que los otros, hasta el mal!

— ¡Abajo! dijo el hombre.

Y la madre, mirada por él de cierta manera, guardó silencio.

Reinó este en el desván durante unos momentos, en que todos callaron. La hija mayor se entretenía en quitar el lodo á su manto, con cierto ademán de abandono ó de indiferencia; la pequeña continuaba sollozando; la

madre le habia tomado la cabeza entre sus manos, y la cubria de besos diciéndola en voz baja :

— Tesoro mio, cállate, tu madre te lo ruega, eso no será nada, no llores, que vas á enfadar á tu padre.

— ¡No! gritó el padre, al contrario, solloza! solloza! eso hace bien.

Y volviéndose hácia la mayor, la dijo :

— ¡Ah! ¿pero y ese hombre? ¡no viene! no llega nunca! ¿y si le diera por no venir? ¡habria yo apagado mi lumbré, desfongado mi silla, rasgado mi camisa y roto mi vidriera de balde!

— ¡Y herido á la niña! murmuró la madre.

— ¿Saben ustedes, repuso el padre, que hace un frio de perros en este desvan de todos los diablos? ¡Y si ese hombre no viniera! ¡Oh! ¡ahí lo ven ustedes, como se hace esperar! él dice sin duda : ¡Y bien! me esperarán! ¡que me esperen! No tienen otra cosa que hacer! — ¡Ah, cómo los aborrezco, y con qué júbilo los ahorcaria, con qué gozo, con qué entusiasmo los estrangularia yo á todos los ricos! á todos esos ricos! esos supuestos hombres caritativos y benéficos, que se hacen los amibarados, que van á misa, y al sermón, que frecuentan el trato de la clerigalla, que andan siempre con que si hoy predicán aquí, si mañana predicarán allá, á vueltas con los solidos, que se creen superiores á nosotros, y vienen á humillarnos, y á traernos..... « ropas! » ¡como ellos dicen! ¡trapos, que no valen cuatro sueldos, y pan! ¡no es eso lo que yo quiero, hato de canallas! ¡sino dinero! ¡Ah! dinero! ¡eso... jamas! ¡porque dicen que nos vamos en seguida á convertirle en vino, y á beberle en la taberna, y que somos unos borrachos y unos holgazanes! ¡y ellos! ¿qué es lo que ellos son, y qué es lo que han sido en toda su vida? ¡ladrones! ¡sin esto no se habrian enriquecido nunca! ¡Oh! debería tomarse á la sociedad por

las cuatro puntas del mantel, y arrojarla toda ella al aire! ¡todo se romperia, es posible, pero á lo ménos, nadie tendria ya nada, y al cabo esto habríamos adelantado! — ¿Pero qué diablos hace tu horror de señor benéfico? vendrá, ó no vendrá? ¡el animal, habrá olvidado tal vez las señas! apuesto á que ese bestia de viejo...

En este momento se hizo oír un golpecito suave en la puerta; el hombre se precipitó á abrirla, deshaciéndose y exclamando en seguida en los más profundos saludos y en sonrisas de adoracion :

— ¡Entre usted, señor! dignese usted entrar, mi respetable bienhechor, como tambien su encantadora y bella señorita.

Un hombre de edad madura y una jovencita aparecieron á la puerta del desvan.

Marius no habia abandonado su puesto. Lo que él experimentó en este momento no puede expresarlo la lengua humana.

¡Era Ella!...

Sólo el que ha amado conoce todos los sentidos radiantes que contienen las tres letras de esta palabra : Ella.

En efecto, era ella. Apénas si podia distinguirla Marius por entre el vapor luminoso que súbitamente se habia esparcido sobre sus ojos. Era aquel dulce sér ausente, aquel astro que le habia iluminado durante seis meses, era aquella pupila, aquella frente, aquella boca, aquel hermoso rostro desvanecido y cuya desaparicion habia causado una noche tenebrosa en su mente y en su corazón. ¡La vision se habia eclipsado, y reaparecia!

¡Reaparecia en aquella sombra, en aquel desvan, en aquel tabuco disforme, en medio de aquel horror!

Marius temblaba desatinadamente. ¡Cómo! era ella! las palpitaciones de su corazón le turbaban la vista. Sentíase pronto á deshacerse y anegarse en llanto. ¡Qué! la

veía al fin, después de haberla buscado en vano durante tanto tiempo ! le parecía que había perdido su alma, y que acababa de encontrarla.

Ella era siempre la misma, sólo que estaba algo pálida; su cara delicada llevaba por marco un gorro de terciopelo morado, y su talle iba envuelto en una manteleta de raso negro. Bajo su largo vestido, entreveíase su pié diminuto encerrado en unos botitos de seda.

Iba como siempre, acompañada del señor Leblanc.

Había dado ella algunos pasos en el cuarto, y deposita' o sobre la mesa un paquete bastante voluminoso.

La mayor de las dos Jondrette se había retirado detrás de la puerta, desde donde miraba con ojos sombríos aquel sombrero de terciopelo, aquel manto de seda y aquel rostro hermoso y feliz.

IX

JONDRETTE CASI LLORANDO

El desvan estaba tan oscuro, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar la impresión que produce la entrada en un sótano. Los dos recién llegados avanzaron pues con cierta hesitación, distinguiendo apenas unas figuras vagas en derredor de ellos, mientras que ellos á su vez eran perfectamente vistos y examinados por los moradores del chiribití, habituados á aquel crepúsculo.

El señor Leblanc se acercó, con su bondadosa y triste mirada, y dijo al tío Jondrette :

— En ese paquete hallará usted, señor mío, algunas ropas nuevas, medias y colchas de lana.

— Nuestro angélico bienhechor nos colma de beneficios, dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo. — Y después, acercándose al oído de su hija la mayor, mién-